

UN DIALOGO ENTRE ZALAMEA Y KAZANTZAKIS: LA ESCRITURA MÁS ALLÁ DE SU CONTEXTO

Conferencista: Elías Eliades
Moderador: Carlos Jaime Fajardo
Relator: Laura Gallo Tapias

“Nos presentaron. Le dije que era profesor en la Universidad de los Andes en Bogotá. Aclaré que era colombiano. Me preguntó de un modo pensativo: —¿Qué es ser colombiano? —No sé —le respondí—. Es un acto de fe. —Como ser noruega —asintió.”

Elías Eliades, diplomático y profesor chipriota radicado en Colombia hace cerca de diez años, habló en Lecturas compartidas sobre la amistad entre el escritor griego Nikos Kazantzakis (1883-1957) y el intelectual colombiano Jorge Zalamea (1905-1969). La conversación, que originalmente iba a estar orientada hacia la influencia que la obra de Kazantzakis tuvo para el nadaísmo colombiano, terminó tomando un giro que hizo surgir una serie de preguntas y de cuestionamientos inusitados. Si bien éstos eran más generales, no por eso eran menos relevantes: ¿Qué significa ser griego, ser colombiano, noruego o chipriota? ¿cuáles son las múltiples maneras en que puede



existir un diálogo entre culturas disímiles y cuáles son los obstáculos que enriquecen u obstaculizan la comunicación?

En efecto, pensar la relación entre dos intelectuales del siglo XX plantea una serie de temas que van más allá del contenido de sus obras o de sus particularidades biográficas: nos da pie para hablar no sólo de una cierta afinidad intelectual y quizás política entre dos personas, pues también nos permite comprender, aunque sea tangencialmente, las particularidades de una época, de un cierto estado de cosas en cuanto a la producción y circulación de conocimiento, a la vez que nos dice algo acerca del problema de la traducción y del logos occidental. La literatura incluye pero sobrepasa los textos literarios: incluye un aparato cultural mucho más amplio que, a pesar de no haber llegado a escalas globales en la época en que Kazantzakis y Zalamea establecieron un contacto predominantemente epistolar, permite ciertos intercambios a veces inusitados.

Dice Matei Calinescu que, para finales del XIX y comienzos del XX, “la confianza en las benéficas posibilidades de la ciencia y la tecnología [...], el culto a la razón y el ideal de libertad definido dentro del marco de un humanismo abstracto, además de la orientación hacia el pragmatismo y el culto de la acción y el éxito” (2003, p. 56) se establecen como marco del pensamiento occidental; sin embargo, en el momento en que estos pensadores comienzan a participar en la vida política y cultural, estos ideales han sufrido una crisis profunda. En Europa, a raíz de los cambios políticos, demográficos y sociales causados sobre todo por la Primera Guerra Mundial, hay un desencanto y cuestionamiento de las ideas de progreso, racionalismo e individuo, prácticamente las bases epistemológicas de Occidente.

Por supuesto, el hecho de que los dos intelectuales que fueron objeto de la tertulia provengan de países no europeos, o al menos marginales en relación a otros países más desarrollados, hace necesario acercarse al asunto del pensamiento occidental con ciertas reservas. Sin embargo, no debemos olvidar que tanto la educación que recibieron como su estructura de pensamiento son predominantemente eurocéntricas. Aún más, puede hablarse realmente de un occidentalismo periférico en la medida en que sus obras corresponden a un discurso que se enuncia desde el pensamiento occidental pero que a la vez lo descentra y lo problematiza. En el caso de Zalamea, este asunto se asocia sobre todo al lugar del intelectual latinoamericano en tanto que perteneciente a la élite letrada, entendida en el sentido planteado por Ángel Rama¹.

¹ El concepto de la “ciudad letrada” de Rama ha sido y es todavía una de las herramientas teóricas más importantes para comprender la manera en que las estructuras coloniales se han asentado y perdurado



Tanto el uno como el otro participaron activamente en la vida política de sus respectivos países y fueron condenados al exilio por diferencias ideológicas con los gobiernos de los mismos. Grecia, tras la caída del imperio otomán, vivía una época de convulsión política y social; no era diferente para Colombia, donde las luchas bipartidistas, el fraude electoral y la violencia iban escalando. Escribe Kazantzakis a Zalamea en 1956: “Recibirá usted el drama *Cristo recrucificado* que ha sido representado con deslumbrante éxito en Atenas; ha dado ocasión a todo un pueblo oprimido y hambreado para manifestarse contra el fascismo y la explotación capitalista”. A pesar de que la denuncia social es un tema recurrente en sus escritos, sus obras van más allá de lo panfletario o de la sátira política; se rigen por un concepto humanista de la libertad y de la existencia. Durante la conferencia, dijo el chipriota que en una ocasión respondió Zalamea ante una crítica: “a mi conciencia no la calla nadie”. Ante todo, sostenía Elíades, se trata de escritores, maestros de la letra, y no de simples activistas. Zalamea presenta, en muchas de sus obras, una visión crítica frente al pasado inmediato, frente a la esterilidad de la tradición, vehiculada magistralmente por su uso innovador del lenguaje (Jaramillo, 2000, p. 588). Por otra parte, no es de sorprenderse que Kazantzakis, quien por cierto perdió por un voto el premio Nobel ante Albert Camus, sea equiparado con este pensador existencialista:

Para Camus y Kazantzakis, la resistencia se dirige contra la condición humana, vulnerable a las fuerzas negativas que la circundan: el fanatismo, la institucionalización de la religiosidad, la irracionalidad homicida, la injusticia, el resentimiento, la mentira, la retórica. Como artistas no sólo entretienen, también exigen una actitud de quienes leen sus obras. El arte desafía, no adormece en esa pausa intemporal que genera la capacidad de asombro. El estilo así entendido se convierte en signo de auténtica rebelión. La obra de arte se instala como asidero frente a un universo que se fragmenta a diario, primero en el lenguaje y luego en el entorno. Fijar este universo, a fin de mantener libre la conciencia, es la oportunidad única de conservarla íntegra y de forjar en ella la aventura de la vida. (Pérez y Améstica).

en Latinoamérica, tanto en lo físico (arquitectura, urbanismo, etc.) como en lo simbólico (instituciones, imaginarios, jerarquías sociales, etc.). Pensar la vida en Hispanoamérica como organizada alrededor de una ciudad letrada nos permite atisbar la relación entre la realidad social y el discurso político predominantemente letrado que hasta la actualidad se mantiene vigente. Sin duda, uno de los aportes fundamentales de este concepto es que plantea una comprensión de esta relación a partir de un principio de inclusión-exclusión, asentado sobre la base de un centro letrado hegemónico que mantiene su poder rechazando otros discursos como subalternos.



La amistad imborrable, estrecha y entrañable entre los dos pensadores está marcada por la admiración y el cariño. Esto es evidente en los fragmentos que publicó Zalamea sobre su correspondencia con Kazantzakis, disponibles en la página web del Banco de la República. Sin embargo, también es importante considerar que esta amistad se dio a pesar de la barrera del lenguaje, pues ni el uno hablaba español ni el otro griego. Debían recurrir a otras lenguas, como el francés o el inglés, para mantenerse en contacto. Aun así, dice el colombiano, se trata de “una amistad que [lo] enorgullece sobremanera y que constituyó una permanente lección y un constante estímulo para [su] actividad literaria” (Zalamea, 1967).

Para Elíades, las preocupaciones filosóficas de Kazantzakis son tan vigentes en la actualidad como lo fueron en su época. Él considera que éstas tocan profundamente lo que aún hoy es el problema central de nuestro tiempo: ¿cómo lidiar con el fracaso, cómo vivir como si se fuera eterno en el presente? ¿Cómo trascender?

Así, lo fundamental a la hora de pensar en estos dos intelectuales estriba en dos asuntos: por un lado, en una preocupación humanista compartida, por la libertad y la justicia social, en una comprensión del oficio del escritor como aquel que debe “proclamar la movilización de todas las fuerzas luminosas que subsisten en nuestra época de transición e impulsar al hombre a que supere en lo posible a la bestia.”(Kazantzakis, *Carta al Greco*, citado por Pérez y Améstica). Por el otro lado, ambos coinciden en el hecho de que, más que ser filósofos, son maestros de la letra, creadores de universos poéticos a través de la palabra. Para los dos, la política funciona como forma de hacer realidad un sueño literario y la redención es posible a través de la experiencia poética que hace frente a las imposiciones del poder. La existencia de lo humano va más allá del contexto histórico y de un lenguaje en particular. Y si es así, ¿qué importa ser colombiano, noruego, griego o chipriota?

Bibliografía:

http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/42

Borges, Jorge Luis. Útrica. Disponible en http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=65&Itemid=30&limitstart=5

Calinescu, Matei. Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo. Madrid: Editorial Tecnos, 2003. Impreso.

Jaramillo, María Dolores. Jorge Zalamea y El gran burundún-Burundá. Revista iberoamericana, Vol. LXVI, Núm. 192, Julio-Septiembre 2000, 587-600



<http://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/5797/5943>

Pérez, Alberto y Améstica, Fidel. Albert Camus y Nikos Kazantzakis. La rebeldía como camino ético en el arte. Disponible en <http://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/13/tx29.html#1>

